

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre 2'00
Extranjero 3'00

PEOR QUE HACE UN AÑO

Nadie osará negar que la situación del proletariado español es ahora más angustiosa, más dura, más inexorable que hace un año. El hambre va invadiendo, implacable, todos los rincones apartados, todas las aldeas, todas las ciudades. Los pueblos más pacíficos se alzan airadamente en protesta a que la necesidad les empuja. Es ya demasiada la amargura que proporciona el observar que entra rápidamente, en los hogares, la amenaza del hambre, los dolores, las angustias que acarrea la escasez de todo, la realidad de la miseria que clava sus garras en la carne de los que producen, siempre dolorida de todas las injusticias que la organización económica, de la que son víctimas, les ofrece como premio a su esfuerzo, a su laboriosidad, a su eterno trabajo de hormigas que llevan el grano a ajenos trojes.

Hablábamos hace una semana de lo ocurrido en Guadalajara, no como de un caso insólito, no como de una excepción; era sólo como un ejemplo de la actitud que toman los gobernantes ante el hambre de los pueblos. Ahora, en los momentos que escribimos, acaso en alguna otra parte de España se haya repetido lo hecho en Guadalajara; quizá sangre proletaria haya regado las calles de alguna ciudad; quien sabe si en Jerez, en Zaragoza, en Murcia, o en Alquife, ese pueblo escondido en Sierra Nevada, habrá costado la vida a algún explotado, el atrevimiento de pedir más pan en estos instantes de angustia universal en que los capitalistas están acumulando grandes, inmensas fortunas...

Unos obreros que anuncian una huelga parcial; otros que se preparan a demandar simples peticiones; unas cuantas mujeres hambrientas que salen en manifestación de protesta por la carestía de las subsistencias, es probable que encuentren, en lugar de lo que piden—tan infimo, que tan necesario les es—, la muerte... Conviene así a la tranquilidad de los satisfechos, al interés de los acaparadores, al orden burgués que tan inhumano es y que origina tantos desórdenes, tantas miserias, tantas amarguras, para las gentes que se debaten abajo en el hambre, en la escasez y en los sufrimientos.

Mientras esas inquietudes dolorosas se extienden por todo el país, el partido socialista ha celebrado infinidad de actos en conmemoración de la huelga general del pasado año; se dijera que aquella huelga, al mismo tiempo que a ese partido proporcionó efímeros triunfos, había solucionado los grandes problemas pendientes en aquella fecha; nadie creerá, ante el lujo de oratoria de los parlanchines obreros, que la situación es ahora más apurada que lo era hace un año; que el hambre ha aumentado desde entonces, tomando proporciones gigantescas; que los conflictos sociales se han agudizado y se han hecho más complejos y más multiformes, toda vez que cada día que pasa la situación empeora; que los brazos tentaculares del capitalismo lo van abarcando todo, estrujando, exprimiendo la carne proletaria, cuyo yugo, al caer en las arcas, se va transformando en oro. Se dijera que nada de esto es cierto al ver de que forma tan simplista y tan baladí se conmemora el aniversario de una huelga que nada provechoso, que nada útil significó para el proletariado que la hizo, ni desde el punto de vista positivo, ni desde el ideológico.

Nos encontramos, en todos los aspectos de la vida social, peor que hace un año. Sobre los campos y en las ciudades ha fincado el hambre, dura, injusta, implacable. Los hombres, la mayoría de los hombres, insensibles, no alcanzan a ver su amenaza, que se cierne sobre sus mismas cabezas, que la sienten ya, que ha empezado a atenzarles, que llegará un día, si antes no se alzan a sujetarle el paso, en que les agote, en que les extenué, en que les mate.

Nos vienen ecos de la realidad de esta amenaza, de toda España; de aquí, de allá y de acullá, de las regiones más florecientes como de las más miserables. Es

que el capital ha sentado sus reales en todas partes, y para saciar su ambición, su avaricia, su sordidez, todas sus pasiones antihumanas, no repara en medios; que perezcan quienes producen, quienes trabajan; y si un día, cansados, se niegan a trabajar, a producir, demandando mayor retribución a sus esfuerzos, que el Gobierno se encargue de hacerles perecer de otro modo: esa es su misión; ese es su cometido; para eso sirve a la burguesía. Pueden, entre tanto, los representantes del partido socialista, conmemorar la fecha de la huelga del pasado año.

Lo que ayer ocurrió en Guadalajara, es fácil que en este momento esté ocurriendo en cualquiera otra ciudad de las en que el hambre era ya demasiada. ¿Qué importa? Algunos periódicos simularán indignarse de lo ocurrido, no obstante estar prontos a censurar toda tentativa de mejoramiento que parta de los que trabajan. ¡No se puede descontentar en modo alguno a quienes pagan las plumas con que se ha de escribir, a quienes tienen compradas las conciencias, a quienes todo lo tienen a su servicio!

Vivimos en la mediocre y vulgar época en que todo es esclavo de la burguesía, la más pequeña, la más ruin de todas las castas. Burgués es todo el que piensa bajamente—decía Flaubert—. Mirad a todas partes; salvo muy raras excepciones ¿quién no tiene algo de burgués en este momento que pasa? Sólo así es explicable que los hombres no se indignen ante los hechos que ocurren; sólo así podemos darnos cuenta exacta del por qué el dinero juega tan principal papel en la vida actual, se le rinda homenaje y pleitesía, se pongan al servicio de quien lo tiene todas las fuerzas de los países, en tanto que mueren de hambre los miserables que crean su valor, y se mata a esos miserables si una vez, desesperados, irrumpen en las calles pregonando aquel hambre, pregonando el deseo de saciarla.

El dinero ha matado la sensibilidad; él ha hecho que muera en los hombres la augusta cualidad de indignarse ante la injusticia, ante la maldad, ante la inhumanidad imperantes. Si surge alguna voz aislada en un grito de indignación se la acalla, se le hace enmudecer por la fuerza. El dinero tiene comprados todos los medios de acallarla. No se permite turbar ni un momento el sordido laborar de la inhumanidad, de la maldad y de la injusticia, únicas finalidades a que conduce la organización presente. Al que no se rinde a su triunfo; se le rinde. Florecen las tristes plantas, las secas flores del mal alrededor de estas ruines realidades. Es que se piensa bajamente...

Desdoblemos nuestra personalidad para alzar por encima de todas esas imperfecciones nuestro grito de indignación. Es preciso, es urgente, es necesario. Enseñemos, tanto cuanto nos sea posible, para que otros hombres sientan como nosotros esa indignación.

La humanidad no puede continuar así. Lo que puede ocurrir en los pueblos hambrientos que protestan, ha de evitarse, porque es injusto, porque es inhumano. ¿Pues qué el pueblo que sufre, en tanto que se capacita para terminar con sus sufrimientos, no va a tener ni el derecho de decir que tiene hambre?

Nosotros, anarquistas, desearíamos que la sociedad fuese como un chico; le cogéramos, amorosos, y le enseñáramos el artillo camino de la libertad; le ayudaríamos a crecer cariñosos, le educaríamos solícitos; cuidándole como a una planta, como a una flor de la que se espera una futura, bella cosecha. Si el chico era travieso, sin azotes le enseñaríamos, con cariño, con atenciones. No es así y lo sentimos. La sociedad es ya como una persona mayor; se semeja a un mendigo sucio, con el cuerpo roñoso, vestido de guijápos, que se niega a la limpieza, a la higiene, a la cultura. Tendremos,—a fuerza de razones y acaso con un poco de generosa vio-

lencia,— que desnudarle y quemar sus ropas; que llevarle al mar inmenso y sumergirlo una y otra vez para que se limpie, para quitarle la suciedad de su roña. Después, para que se acabe de liberar, para que al mismo tiempo que se limpia el cuerpo y la ropa se eleve moralmente, le pondremos un libro, en la mano diciéndole: Aprende...

FRAGMENTO

Vivan los valerosos, los fuertes de espíritu, los que sirven a la verdad, a la justicia, a la belleza... No les conocemos porque son altivos y no piden recompensa. Esclareciendo la vida con luz poderosa, dan vista a los ciegos... Es necesario que los ciegos vean, que vean, horrorizados, la grossera, la injusticia, la monstruosidad de la vida. Si; viva el hombre dueño de sí! El mundo entero anida en su corazón, todo el sufrimiento mundial llena su alma.

El ciego y la maldad de la vida, sus mentiras, sus crueldades son sus enemigas; y él renuncia generoso a la lucha y su vida está enchida de júbilos impetuosos, de hermosa cólera, de altiva obstinación. ¡No economices tus fuerzas! Esa es la suprema sabiduría. Hay dos formas de vida: la putrefacción y la combustión. Los holgazanes, los avaros, escogen la primera; los valerosos, los generosos, la segunda.

Esta separación la establecen los que aman la belleza, la majestad.

Las horas de nuestra vida son horas vacías, enojosas; llenémoslas de grandiosas explosiones, sin economizarnos, y entonces viviremos las horas bellas, plébricas de gozosa emoción, plébricas de ardiente altivez... ¡Vivan los prodigos de sí mismos!

MÁXIMO GORKI

NOTAS AL MARGEN

Carne de mendigo

Las autoridades municipal y gubernativa de media España, se han propuesto, a instancias de la gente bien, acabar con la mendicidad; con esa langosta social que invade los campos ciudadanos, produciendo, sino destrozos materiales, asco y aversión a los habitantes de tales campos.

Porque la langosta mendicante, no de vasta, ni mutila, ni mata en flor las plantas y frutos casi todos perniciosos, que producen esos campos llamados ciudades; los porteros, mendigos o mangaires, se conforman con exhibir sus purulencias y sus andrajos y con roer el hueso de la caridad pública o privada; menos conscientes de su derecho a vivir que la langosta de los campos, imploran, rezan, blasfeman, rien, lloran o cantan por la obtención de una limosna, pero nunca pierden el respeto a la propiedad; ni hincan el diente en manjares que no han sido preparados para ellos. Un mendigo que hurte un panecillo pasa a la categoría de ladrón; y un ladrón de panecillos deshonraría a la sufrida clase de mendigos, y a la honorable cofradía de ladrones de alto copete; o se roban millones o no se roba nada. Y los mendigos, que están enterados de esa verdad, prefieren pasear su mansedumbre, sus andrajos y sus lacerias por el mundo a robar un panecillo o unos miles, no de panecillos, sino de reales, de pesetas o de duros; con lo primero, perderían el prestigio, y para realizar lo segundo les faltan aptitudes... y ropa negra.

Pero si a los mangaires callejeros les va bien con esa norma de vida, no así a los que practican la mendicidad por las altas regiones de la política, la aristocracia, la burocracia y la empleomanía, en todas sus manifestaciones; mendigar un acto, un ascenso o un empleo, no tiene nada de particular ni de repulsivo; lo extraordinario y repugnante es pedir una perra para pan, y lo que es peor, pedirlo en medio del arroyo y al primer desconocido que se presenta. Los mendigos de levita son más decorosos; mendigan, sí, pero con un esmero y una pulcritud que nunca conocieron los otros, esos piojosos que mientras se rascan donde les pica, le piden a Cristo padre un centimito.

Y está competencia entre mendigos, ha originado esa persecución de que son víctimas los que ejercen su profesión al aire libre; a los mendigos de salón, gente pulcra y aseada, les revuelve el estómago la podredumbre que los otros exhiben por las calles; llegarán hasta apachugar con la mendicidad callejera, siempre y cuando los profesionales vistieran de etiqueta y fueran buenos mozos; al fin y al cabo, la competencia entre los que piden un mendrugo o un sitio en la mesa de los poderosos, no sería muy grande; la indumenta-

ria, ya que no la forma de mendigar y lo mendigado, limaría las asperezas que hoy distancian a las dos clases; ¿por qué así como se trata de uniformar a los cocheros, no se uniforma a todos los que viven de la mangueta? Esto evitaría que los que se visten de etiqueta para mendigar una prebenda, miraran con repugnancia a los que se cubren de andrajos para salir a la caza de unas perras; es cuestión de forma y no de fondo; porque mientras se mendigue en los salones se mendigará en las calles; y mientras exista la propiedad privada existirá la miseria pública.

Pero los cazadores de mendigos, de mendigos callejeros se entiende, lo arreglan de otro modo; nada de uniformes ni veladores ni de picotazos a la sacrosanta propiedad; zasquean y molestan los pedigrifeños? Pues se les caza como bestias dañinas, se les hacina en un asilo, se factura para su pueblo a los forasteros con riesgo de que se pierdan en el camino, como ocurrió hace unos meses con un anciano, un bulto a quien los factores pusieron la etiqueta equivocada; se separa de su familia a los que la crearon, como si un ciego, un manco o un jorobado, no tuvieran derecho a la reproducción y a los

goces familiares; en una palabra, se limpian las calles de piltrafas vivientes, para que los poderosos y los que sin serlo imitan en dureza de corazón a los primeros, se hagan la ilusión de que viven en el mejor de los mundos.

La carne de mendigo está mandada recoger; no importa que en esos muladares donde la llevan se pudra más de lo que ya lo está; no importa que en uno de esos recipientes donde se tiran los desperdicios humanos recogidos por las calles, se atente contra la virginidad de infelices niñas; hace unos días y en uno de esos establos llamados asilos, fueron violadas e infectadas de un mal terrible, cinco niñas, la mayor de las cuales tenía nueve años; y este acto brutal se realizó poco menos que a la vista de unos guardias, no sabemos si encargados de guardar las espaldas a los abominables violadores.

Y es así como la carne de mendigo recogida hoy, será mañana, con el asentimiento y aprobación de autoridades farisaicas y detentadores del mendrugo común, en carne de lupanar, en carne de hospital, en carne de presidio.

JUANONUS

EGOISMO Y SOLIDARIDAD

Lucha por la vida: He aquí la última palabra de la filosofía burguesa, he aquí la frase ambigua con la que la burguesía intenta dar una base científica a su sistema de sociedad y justificarla ante su propia conciencia y hacerla aceptar por las masas su dominación.

Vale la pena de que hablemos de esto. Es un hecho general e innegable que todo individuo y toda especie viviente vive y prospera a costa de otros individuos y de otras especies. La necesidad de alimentarse y cobijarse, así como las rivalidades suscitadas por el instinto reproductor, hacen de aquel hecho, que Darwin llamó la lucha por la vida, una ley inexorable, fuera de la cual parece imposible el desarrollo y la existencia misma del mundo organizado.

Pero de esto no se deriva que la lucha sea necesaria entre todas las especies y entre todos los individuos de todas las especies, puesto que, al contrario, a menudo se observa en la naturaleza la cooperación, la asociación para los fines de la vida—conservación máxima del individuo y reproducción de la especie—entre los varios individuos de una misma especie y aun entre especies diversas. Y las más recientes y autorizadas investigaciones biológicas tienden a demostrar cada vez más que la cooperación—que es la práctica del instinto social que se desarrolla a su vez bajo el impulso de la necesidad y de la utilidad comprobada—es una condición de prosperidad y de progreso, tanto para los individuos como para la especie, mucho más superior que la lucha aislada de uno contra todos.

En conjunto, la vida es el resultante de los dos principios de lucha y de cooperación que en mil modos se entrelazan, se contrastan y se completan. Y la cooperación representa indudablemente un estadio más avanzado de evolución que asegura a aquella especie o a aquellos individuos que a él llegaron un mayor progreso y una superioridad relativa.

El hombre ha salido del estado de animalidad bruta, de la que aun quedan vestigios en las tribus salvajes, precisamente porque se han desarrollado en él con mayor fuerza los instintos sociales, y la asociación para la lucha contra las demás especies animales y contra los elementos hostiles de la naturaleza, se ha sustituido en proporción más o menos grande a la lucha intestina de hombre a hombre. Solamente que como la evolución no puede ser sino gradual y no se puede pasar de un salto desde el aislamiento, desde el egoísmo brutal, a la solidaridad, de igual modo la asociación no fué libre, no fué entre iguales sino que se manifestó primordialmente bajo la forma de opresión, de explotación, ejercida por los más fuertes sobre los más débiles. Fueron los fuertes los que, habiéndose dado cuenta de que se podía sacar mejor provecho de otros hombres esclavizándoles que matándoles, instituyeron la esclavitud. Lo mismo puede decirse del egoísmo absoluto; del deseo de beneficio, atemperado poco a poco por el placer de la convivencia, por el sentido de simpatía, del cual probablemente debe buscarse el primer fundamento en la atracción sexual y en los sentimientos de familia, originando el primer paso que la humanidad dió por el camino de la sociabilidad.

Pero el pecado de origen, el beneficio que el hombre quiso sacar del hombre, subsiste; y es aún hoy la causa de la lucha, abierta o latente, que se combate en el seno de la humanidad; constituye, hoy como antaño, el fondo de la llamada cuestión social.

La opresión y la explotación practicadas por los más fuertes, naturalmente provocaron en los oprimidos la necesidad de la rebelión, y en este sentimiento halló nuevo vigor y fundamento el principio de simpatía, de fraternidad, de solidaridad.

En suma, aun entre el fragor de la lucha, a pesar del contraste de los intereses y las alternativas de victoria y derrota, consiguieron, no obstante, desarrollarse ciertos sentimientos necesarios para que la coexistencia social sea posible, útiles al mismo tiempo a los opresores y a los oprimidos, sentimientos que si al principio fueron producidos por la simple comprobación de su utilidad, se trocaron después en hábito, en necesidad psicológica, y constituyen aquel fondo común de sentimientos humanos que son la más bella conquista, la característica más bella de la humanidad, y que malgrado los mil obstáculos y las mil razones de odio, van cada vez más enriqueciéndose y ampliándose, formando la garantía más segura del triunfo del socialismo, que es la exclusión total, en el seno de la humanidad, de la lucha interhumana y el triunfo completo de la solidaridad.

Los esclavizados por el yugo, los rebeldes de todas las épocas y de todos los países, siempre sintieron, más o menos conscientemente, esta necesidad de solidaridad, y siempre se sublevaron en nombre de un principio superior de justicia, de una más amplia concepción de la solidaridad humana. Pero este principio de justicia permaneció siendo siempre un deseo abstracto, vago, puramente sentimental; nunca se encarnó, antes de que surgiera el socialismo, en una concepción práctica de la sociedad que hiciera realmente posible la justicia y la solidaridad. Y por esto las revoluciones, aun triunfantes, no realizaron nunca el sueño de justicia de los combatientes, y al desarrollarse volvieron siempre al punto de partida, es decir, hacia las instituciones abatidas, haciéndose preciso nuevas revoluciones.

La burguesía, en su período heroico, cuando se sentía aun parte del pueblo y combatía por la emancipación, tuvo impulsos subímites de amor y de abnegación, y los mejores entre sus pensadores y mártires tuvieron la visión casi profética de aquel porvenir de paz, de fraternidad y de bienestar por el cual hoy luchan los socialistas. Pero si el altruismo y la solidaridad estaban en el sentimiento de los mejores, la carcoma del individualismo (en el sentido del individuo en lucha contra el individuo), el principio de la insolidaridad y del beneficio del hombre sobre el hombre estaban en el programa burgués y no podían dejar de producir sus maléficos efectos. La propiedad individual y el principio de autoridad, bajo sus nuevas formas de capitalismo y de parlamentarismo, estaban en aquel programa y debían conducirnos como siempre a la opresión, a la miseria, al embrutecimiento de las masas.

Y ahora que la evolución capitalista y parlamentaria ha producido sus frutos, y la burguesía, agotada—en la práctica de la competencia económica y política—todo sentimiento generoso y todo impulso progresivo, se ve reducida a defender con la fuerza y con la farsa sus privilegios, sus filósofos no saben ni pueden defenderla contra los ataques del socialismo sino sacando a relucir a destiempo la ley de la competencia vital.

Varo empeño. Si la humanidad tuviese que retroceder hasta sus orígenes y aceptar el principio de cada uno para sí, entonces el socialismo quedaría vencido, pero también quedaría destruido todo vestigio de civilización y entre las matanzas